

# LA CARRETERA

Se levantaron y salieron de la terraza de aquel restaurante donde se quedaron los posos de aquel café amargo, junto a las cenizas de un cigarro que se consumía como sus ganas de ser algo. Carlota había llegado a la vida de Sergio sigilosamente, sin hacer ruido y por casualidad. Cambió su vida y la giró por completo. Pero aquella noche de verano Sergio había vuelto a discutir con Carlota. Ella no podía entender que estuviera todo el día en la redacción del periódico y sólo le dedicara un par de horas al día. Entendía la pasión por su profesión, pero necesitaba sentirse en el primer plano de sus prioridades. Tras la bronca, la acompañó a su pisito en la playa y él regresó andando por la carretera desde la que veía la luna reflejada en un mar en calma. Un camino que conocía bien porque todas las mañanas salía a correr por ese asfalto. Tan solo había caminado un par de kilómetros cuando un coche a una velocidad de vértigo apareció frente a él y le arrolló sin darle tiempo a reaccionar.

El impacto fue brutal y el cuerpo de Sergio salió catapultado tras ser golpeado y romper el parabrisas del coche con su cuerpo, que se había convertido en lo más parecido a un muñeco de trapo. Quedó tendido sobre el frío asfalto de la carretera comarcal con los faros del coche ejerciendo de focos improvisados y con el sonido del claxon, sonando como ese tren que avisa del peligro al llegar a la estación. Sergio estaba desconcertado y sentía que su cuerpo flotaba, en el silencio y la oscuridad más absolutos, mientras escuchaba unas voces de fondo que no supo identificar. No sentía dolor, percibía que una sensación de paz le invadía todo el cuerpo. Pero sí frío, mucho frío. Un frío distinto al que jamás se había enfrentado y que le hacía order por dentro.

En medio del olor a neumático quemado, de humo y de la oscuridad de la carretera, el cielo se despejó mostrando su manto de estrellas y frente a Sergio apareció aquella luz. Una especie de túnel, por el que sin quererlo y empujado por no sabe qué o quién, comienza a caminar, o tal vez deslizarse. Despacio, como si fuera una caída al vacío. Cuando está próximo a caer en el agujero luminoso

del final, se da cuenta de que no está sólo y que hay alguien más allí con él. Gente con una rara indumentaria. ¿El cielo? Son personas sin rostro, sin voz y sin alma, que ataviados con batas blancas se afanan a su alrededor como una orquesta perfectamente afinada. Le tocan y le manipulan con extraños instrumentos. Un hospital, acierta a pensar. Está en un hospital dice en su interior con un grado de satisfacción, como el que se agarra a la vida cuando piensa que esta muerto.

Entonces sus recuerdos, como piezas de un rompecabezas que con el paso del tiempo cuesta más armar, aparecen. Pero hay vacíos que los recuerdos no llenan, miedos que las lágrimas no quitan, cicatrices que el tiempo no cura, dolores que el viento jamás podrá llevar, días que parecen noches, noches que parecen días. Sí recuerda la cena con Carlota, y aquella playa en la que compartieron risas, paseos, confidencias y los primeros besos. Un paraíso en el que poder volver a tumbarse juntos bajo el sol. Y recuerda la discusión y los momentos anteriores al impacto, como aquella tranquilidad que le transmitía la luna sobre el mar en calma poco antes de aquel fogonazo. Luego... la nada. Ni siquiera el túnel de luz.

Fue preciso que pasara varios días en la Unidad de Cuidados Intensivos para ir recobrando todas las imágenes, voces y sonidos que percibió después del accidente y que, aparentemente, no había visto. La zona oscura de sus pensamientos y recuerdos coincidía con aquella extraña vivencia del túnel de la muerte, en cuya travesía habían transcurrido casi diez horas. Ahora, poco a poco, pero nitidamente, iba reviviendo la experiencia hasta sentir cómo le apartaban de la carretera, le depositaban en el arcén y alguien comenzaba a cubrirlo con una manta mientras susurraba: "pobre chico, está muerto". Algo, quién sabe desde qué dimensión, provocó un movimiento involuntario en su actividad respiratoria. De su garganta escapó un sonido salpicado de coágulos entre los que se dejaba intuir su breve voz que decía: "No estoy muerto, no estoy muerto". El grado de desesperación en su recuerdo le hizo tener punzadas de dolor.

Nadie, desgraciadamente, le oía, pero ahora sí sabían que aquel joven luchaba desesperadamente por la vida. El sonido desagradable de la sirena de la ambulancia



Fue su única compañera en su eterno viaje al hospital provincial de Gijón. En el centro sanitario la noche había sido muy movida y agotadora. Muchos accidentes. El equipo de cirujanos había operado interrumidamente como si el quirófano fuera un lugar de paso. Sergio tuvo que esperar cuarenta interminables minutos antes de ocupar la mesa de operaciones. Durante aquella larga e infinita espera, en su estómago bailaban afilados cuchillos. Chillaba de dolor como un loco. Se necesitaron seis horas para recomponer su destrozada clavícula y su nariz rota en mil pedazos, aunque lo peor fue recolocar su fémur. Aquellos tipos de batas verdes le transmitían una paz que hacía tiempo no sentía.

Cuando despertó de la anestesia pensaba que todo había sido un sueño, un mal sueño. Miró por la ventana y buscó entre las nubes alguna señal de que todo había sido un sueño, alguna señal de que se despertaría y todo volvería a ser como era antes. Pero entonces vio la cara de Carlota, desencajada, con lágrimas en los ojos y unas ojeras que le echaban varios años encima. Entonces comprendió que todo era real, más real de lo que hubiera imaginado. Necesitaba salir de allí, caminar, dejar que huracanes de viento le limpiaran la cabeza y secaran sus ojos. Necesitaba hablar con su pasado para avisarle del futuro. Sus lágrimas cayeron más rápido y los ojos de Carlota brillaban cada vez más. No sé si de tristeza o de alegría. Brillaban hasta ponerse de un color especial. Su cara reflejaba los lamentos de su corazón y dejaba al descubierto todas sus inseguridades. Y ella le sonreía cada vez más. Sólo quería estar con él. Le cogió la mano. Se miraron. Se rieron.

Aquel fatídico atropello fue la razón para que Sergio y Carlota se hicieran inseparables. Como un aviso de la vida que te advierte de la necesidad de aprovechar al máximo el tiempo y no perderlo. Desde entonces nunca más volvieron a caminar por la carretera de madrugada, ni a disfrutar del reflejo de la luna en aquel mar en calma. Pero su vida juntos se volvía a iluminar y recuperaban la alegría como esos huesos que se despiecezan después de una larga noche del invierno a la intemperie. Habían pasado mucho tiempo pidiéndose explicaciones y se habían olvidado de vivir. Sergio permaneció diecisiete días internado en cuidados intensivos, junto a otros tres chavales que habían sufrido un accidente

similar unos kilómetros más al norte del suyo esa misma maldita noche.

Perdió 20 kilos y algo más. Cada vez que echaba en falta a alguno de sus forzados "vecinos" preguntaba a la enfermera de guardia. Aquel gesto de cerrar los ojos decía mucho más que mil palabras y una invitación a que Sergio abandonara cuanto antes aquella UCI. El resto de días que pasó en la UCI, sus "vecinos" se fueron marchando para siempre. Sergio resistió. Aceptó aquella invitación de la enfermera y se marchó a casa. Había mirado de frente a la muerte para poder mirar de frente a la vida. Y aceptó el reto. Jamás pudo librarse de aquella luz. Ese túnel oscuro que limitaba la frontera entre los vivos y los muertos.

Aquel día lejano fue un día cualquiera. Un día que apareció en sus vidas y se convirtió en el cimiento para construir las. Desde entonces, muchos momentos vividos. Risas, lágrimas, decepciones, ilusiones. Y siempre juntos. Y siempre caminando. Meses después estaban sentados frente a una mesa de la cafetería de la estación. El frío se colaba por las puertas y tras las ventanas la lluvia se hacía sitio entre unas nubes grises. Cruzaron sus miradas. No era la primera vez. Otro viaje juntos. Un viaje que dura toda la vida.